

hombres; estos dos acontecimientos son la pintura moderna y el nazismo. Esperemos que la capital bávara se detenga ahí y que al menos esta vez se vea desmentido el famoso no hay dos sin tres; en el caso contrario, cuando llegue el tres, sálvese quien pueda.

Decidí entonces volver a Italia. Mi madre y mi hermano, después del chasco sufrido en Roma por la irrepetibilidad de Mascagni, se habían dirigido a Milán. Ahí, el editor Ricordi se había interesado por la obra *Carmela* y habían vuelto a nacer las esperanzas. Me uní a ellos en Milán. Creo que era el verano de 1909. Fuimos a vivir a un apartamento en los barrios burgueses de Milán, en via Petrarca. Yo pintaba cuadros de sabor boeckliniano.

También mi hermano dibujaba y pintaba; además leíamos y estudiábamos mucho. Teníamos un profesor de latín que se llamaba Domenico Fava y era autor de un pequeño volumen de sinónimos latinos, editado por Hoepli y muy apreciado por los estudiosos. Mi hermano seguía componiendo música y escribiendo libretos; había acabado un largo melodrama titulado *Poema fantástico* que era algo así como el *Oberon* de Weber, pero se refería a una mitología y una prehistoria helénicas fuertemente condimentadas de espíritu burlesco, en el estilo de Rabelais.

Con Ricordi mi hermano no logró llegar a nada; en un primer tiempo el célebre editor le había animado mucho, como había hecho antes Mascagni en Munich, e incluso había empezado a imprimir la ópera *Carmela*; luego, no se entendió nunca el motivo, empezó a pasar de largo, a hacerse cada vez más invisible, hasta que mi hermano se dio cuenta de que no había nada que hacer. Entonces, desalojamos el apartamento de via Petrarca y nos fuimos a Florencia. Fuimos a Florencia sin una razón muy precisa. Estábamos un poco desanimados por el escaso éxito con el editor Ricordi; además yo en Milán había intentado exhibir mis cuadros en una exposición personal y con este fin había intentado ver a un tal caballero Milus o Milius, no recuerdo bien su nombre, que era el propietario o administrador de un establecimiento donde se alquilaban salas a los artistas para exposiciones. Pero tampoco yo logré encontrar al caballero Milus o Milius.

Llegamos a Florencia. Yo estaba muy deprimido físicamente porque mientras estaba en Milán había tenido fuertes molestias intestinales. Eran dolores crónicos acompañados de una gran debilidad. Me costaba subir las escaleras. Por la calle temía siempre desvanecerme y por tanto caminaba casi rozando las paredes. Tenía sensaciones extrañas; a veces me parecía estar caminando sobre algodón, en la boca sentía un sabor como de ácido

fénico; sentía a menudo un gran vacío en el estómago como si no hubiera comido en dos días, pero cuando me sentaba a la mesa no tenía ningún apetito. Había ido a consultar a algunos médicos que me recetaban un montón de pastillas, polvos, compresas, gotas, drogas que tenía que tomar antes de las comidas, durante las comidas, después de las comidas; mi mesita de noche estaba siempre cargada de cajitas y de frasquitos que llevaban nombres de etimología griega: epatina, epatocrinasis, coreína, zimantrax, etc., pero todo esto no servía de nada y mi estado no mejoraba. Así, trabajaba poco. Leía más que pintar, leía sobre todo libros de filosofía y era presa de fuertes crisis de melancolía.

En Florencia mi salud empeoró. Pintaba a veces cuadros de pequeñas dimensiones. El período boeckliniano había pasado y había empezado a pintar asuntos donde intentaba expresar ese fuerte y misterioso sentimiento que había descubierto en los libros de Nietzsche: la melancolía de los hermosos días de otoño, por la tarde, en las ciudades italianas. Era el prelude de las plazas de Italia pintadas algo más tarde en París.

En Florencia nos quedamos poco más de un año. Mientras estábamos en Florencia mi hermano tuvo la idea de ir a Munich para interpretar su música en una sala de conciertos. Partió con nuestra madre. La música se tocó en la misma sala de la *Türkenstrasse* donde algún año antes un público en delirio había aclamado a Mascagni. Mi hermano no fue aclamado por un público en delirio, pero creo que el concierto tampoco fue lo que se llama un fracaso. Sin embargo, sentía que tampoco en Munich había ambiente. Yo me había quedado en Florencia debido a mi salud. No sentía fuerzas para hacer un viaje tan largo, ni para llegar a Munich. Mi madre volvió a Florencia sola y me dijo que le habían aconsejado a mi hermano que fuera a París, que, entonces, por medio de la así llamada «revolución artística», empezaba a ser considerada la ciudad por excelencia que acepta las ideas nuevas y alienta a los jóvenes. Más tarde me he dado cuenta de que todo esto existe sólo en la imaginación de los hombres, y que en París no se entiende mucho más de lo que se entiende en Roma, en Londres, en Madrid, en Berlín o en Pernambuco. Mi hermano nos escribía desde París para que fuéramos. En sus cartas decía que era efectivamente una ciudad llena de vida, de movimiento, de gente inteligente y que también yo, por mi propio interés, tenía que ir a París. Lamentablemente seguía muy mal. Mi salud no daba indicios de mejorar. Me sentía muy débil y luchaba siempre contra los males y molestias de todo tipo. Fui a que me visitara un médico célebre en aquellos tiempos, el profesor Grocco. Este insigne científico me dijo que no eran necesarias medicinas, sino reposo y buenos aires, y me aconsejó Valombrosa. En Valombrosa llovía constantemente; una terrible humedad penetraba en la habitación del hotel donde había ido a vivir. Las sábanas

estaban mojadas. Sobre el suelo, en las esquinas de las paredes, crecían hongos y había moho en el armario y en la cómoda. Las molestias intestinales, más que disminuir, aumentaron, y aumentó también mi depresión nerviosa. Fui presa de una fuerte melancolía y como no lo soportaba, una mañana me escapé de Valombrosa como un gato apaleado y volví a Florencia. No trabajaba y había perdido toda confianza en los buenos aires y las curas de montaña. Después de esa estancia en Valombrosa, tuve la certeza de que en ciertos casos la montaña y los aires más que puros son incluso nocivos. Bruno Barilli me dijo una vez que cuando estaba en París, hacia 1930, época en la que también yo me encontraba ahí, era invitado a veces a casa de un editor amigo suyo llamado Pierre Levy que luego fue el editor francés de mi novela *Hebdomeros*. Levy invitaba a Barilli a una pequeña propiedad que poseía cerca de París. Durante días Barilli no comía más que cosas fresquísimas: huevos recién puestos por las gallinas, leche recién ordeñada, lechugas recién recogidas del huerto. Parece, sin embargo, que todos estos frescos productos, después de un tiempo, le intoxicaron gravemente, de modo que para desintoxicarse, en cuanto volvía a París, corría a comer a algunos restaurantuchos de precio fijo donde se servían alimentos en avanzado estado de putrefacción. Así Barilli restablecía su organismo purgándolo de las toxinas que en él habían acumulado los productos demasiado frescos.

París

Decidimos irnos a París. Liquidamos la casa de Florencia y tomamos el tren para Turín. Yo me sentía muy mal; era el tórrido verano de 1911; era julio; en Turín nos detuvimos un par de días para visitar la exposición que se había inaugurado entonces. Pero con el calor y la fatiga del viaje, mi estado empeoró. Cuando nos fuimos de Turín yo estaba muy mal y tenía fuertes dolores intestinales. Durante el viaje me sentí peor y cuando el tren llegó a Dijon le pedí a mi madre que nos detuviéramos durante una noche, porque no me sentía con las fuerzas necesarias para proseguir. Era tarde, aproximadamente la una de la madrugada; fuimos a un hotel y yo me acosté, pero los dolores eran tan fuertes que mi madre, alarmada, salió en busca de un médico; volvió poco después con un médico militar, un capitán, que me recetó inmediatamente compresas de agua muy caliente y una poción calmante hecha de láudano. Durante toda la noche mi madre no pudo descansar; iba a la cocina a hervir agua y luego me cambiaba continuamente las compresas que me ponía sobre el vientre y el estómago; envió a un camarero por la poción a una farmacia; cuando el camarero entró en la habi-

tación y me vio en la cama, dijo: *C'est la chaleur qui fait ça!* Tenía razón; durante toda mi vida he podido observar que el calor y los climas cálidos son pésimos para las personas que sufren debilidad intestinal. Por la mañana los dolores remitieron y yo me dormí profundamente. Cuando me desperté, ya por la tarde, me sentía mejor: entonces decidimos proseguir el viaje. Había un tren que partía a París por la noche y lo tomamos. Llegamos a París, a la *Gare de Lyon*, en plena noche. Mi hermano nos esperaba: por la cara que puso al verme, comprendí que debía tener un aspecto deplorable; estaba agotado por el cansancio y no quería más que acostarme y reposar; era la noche del 14 de julio y París era una fiesta; la gente bailaba por las aceras, frente a los cafés donde tocaban sin descanso organillos y orquestinas.

Fuimos al hotel *Le Pelletier*, en la calle del mismo nombre, donde mi hermano había reservado dos habitaciones, para mí y para mi madre. Experimenté un inmenso placer cuando me desvestí y me acosté; dormí un largo sueño, pero los problemas con mi salud aún no habían acabado. Del hotel *Le Pelletier* pasamos a una pensión cerca de los Campos Elíseos y de ahí a un pequeño apartamento que mi madre amuebló como pudo y que se encuentra en un edificio situado en el barrio de L'Etoile, y precisamente en la rue de Chaillot. Mi salud seguía siendo pésima, pero en el apartamento, poco a poco, empezó a mejorar. Lo que había aumentado mi mal era también el viaje y el paso de un hotel a otro; el hecho de tener una casa, de poder comer en casa, de poder estar un poco tranquilo, era ya una buena medicina para mí. Un médico que entonces me visitó me aconsejó trasladarme durante tres semanas a Vichy. Cuando me fui a Vichy me sentía ya mejor y el cuidado de esas aguas, que los romanos llamaban *acquae calidae*, donde aproximadamente dos mil años antes Julio César había curado su dispepsia y donde aproximadamente cuarenta años antes mi padre había venido para curarse de unas tardías fiebres malarias, me sentaron muy bien. Cuando, una vez acabada la cura, volví a París, me había restablecido completamente. Hacía mucho que no tocaba un pincel, y aún menos un lápiz. Volví al trabajo y retomé el hilo de mis inspiraciones de origen nietzscheano.

Sin embargo, trabajaba poco, hacía pocos cuadros. Pasaron el invierno y el verano; escuchaba hablar confusamente del *Salon d'Automne*, de los pintores revolucionarios, de Picasso, del cubismo, de las escuelas modernas, etc. Me aconsejaron que expusiera en el *Salon d'Automne*: yo sabía, sin embargo, que un pintor desconocido que envía obras a una exposición oficial donde hay un jurado, corre el riesgo, noventa y nueve veces de cien, de ser rechazado. Por las reproducciones que había visto y por las pinturas que estaban expuestas en las galerías de los marchantes en boga, me había dado cuenta inmediatamente de que lo que yo hacía era completamente distinto